

Michael Andreas Haeringer

SONIDO EN LOS DEDOS

Pianista y compositor. Barcelona, 10 años.

Su habitación está llena de peluches. Como el Micky Mouse de la imagen. Él le hace más caso a las partituras con tachones rojos. Michael ha descubierto una afición que guía cada minuto de su vida. Toca el piano una media de cuatro horas al día. Y los fines de semana, más. "El mayor castigo para él es no poder tocar", cuenta su madre. "La música le hace feliz, y eso, la felicidad, es algo muy difícil de encontrar hoy día".

crearon para sus juguetes. Las aficiones son iguales que las de antes. Los *hobbies* son importantes porque les dan a los niños competencias y ellos sienten que pueden llegar lejos. Lo máximo es hacer aquello que te guste en compañía de otros, ver crecer esa habilidad y poder compartirla".

A Michael Andreas Haeringer, barcelonés de 10 años, le aplauden sus amigos cuando toca el piano. Le gusta ver la televisión y pasar ratos muertos con los clásicos Playmobil y los Gormiti, unos superhéroes de una serie de dibujos animados. Ah, y dice de lo más simpático que lo que más le atrae del colé son "las pausas y jugar al fútbol". De todo eso, se queda sin dudar ni un momento con el piano y la música clásica. Y si acaso, alguna canción de Elton John. ¿La música clásica? Sí. Su madre, Hanna, tampoco se lo explica. A ella siempre le ha gustado el jazz y el reggae.

Por lo que se ve, Michael tiene dotes de genio. Con cuatro años le pidió a su madre poder tocar el piano como hacía su profesora en sus lecciones de canto. Se apuntó a unas clases y en un año ya había completado el ciclo que la mayoría hace en cuatro. Hoy se pone la pajarita al cuello y da conciertos por España: Madrid, Murcia, Málaga... Vienen solos. No los buscan. Con público de hasta 1.500 personas. También compone obras: ya tiene nueve. "Las melodías me salen de pronto. Toco la pieza una vez y rápidamente la escribo", asegura como si nada. Su madre matiza el comentario: "Antes de empezar a tocar está en su mundo, en sus pensamientos. Luego, los dedos lo hacen todo. Es innato". Sus profesores no salen de su asombro.

Aunque Michael nació en Barcelona,

"LAS AFICIONES SON IGUALES QUE LAS DE ANTES. SI SON BUENOS EN ALGO, SIENTEN QUE PUEDEN LLEGAR LEJOS"



tiene origen alemán y descende de dos músicos legendarios del siglo XIX: el pianista y compositor húngaro Franz Liszt y la pianista alemana Sofia Menter. Los genes. De ahí viene su talento. Michael tiene tres pianos en casa (el de cola, el de pared y el de cola electrónica), toca de vez en cuando el violín y está interesado en las biografías de músicos más que en los cuentos infantiles. ¿Cuáles son sus compositores preferidos? "Liszt, Beethoven y Chopin", contesta al segundo sin pensárselo. "Me gustan porque son románticos. Yo quiero ser como ellos".

El contenido negativo de los informes sobre niños no cambia mucho cuando estos se hacen adolescentes. El último Informe de la Juventud en España, de 2008, asegura que tienden a la pasividad en las actividades de ocio: hacen menos deporte, leen muchos menos libros y, por el contrario, escuchan más música y pasan más horas delante del ordenador y las videoconsolas. Que están conectados permanentemente al móvil y las redes sociales. Que solo apoyan los valores solidarios en sus planteamientos y se implican personalmente muy poco a la hora de actuar.

"Hay muchos adultos que tampoco se implican", se indigna la risueña Camila Bocca, de 17 años. "Cuando los paras, ni te miran". Lo sabe bien porque participa en actividades callejeras con la Red de Jóvenes de Greenpeace. A los nueve años empezó a ir a un campamento con actividades ecológicas y allí le entró el gusanillo. Junto a otros adolescentes ayuda en la organización de eventos en Madrid, como La Casa del Clima, del pasado mes de octubre, donde los ciudadanos podían comprobar su huella de carbono en el medio ambiente. Dice con una carcajada que sus amigos la llaman "la recogepapeles" porque no puede ver basura en las calles. "¡A mí también me dicen lo mismo!", salta Alicia Shmatko, de 17 años.

Hasta hace un momento no se conocían. Y ahora comparten una charla sobre voluntariado. "Yo necesitaba ayudar a alguien, a quien fuera...", cuenta Alicia. "Me pasé por varios hospitales para ver qué podía hacer, pero nadie me decía nada. Al final me recomendaron el grupo Neo Cruz Roja, donde hacemos actividades al aire libre con niños". A su vez, Alicia asiste a talleres ecológicos, sobre drogas, sexualidad... Las dos tienen pensado seguir con el voluntariado, estén donde estén. Camila conoció el año pasado de primera mano la "brutal" situación del Sáhara. Alicia se muere de ganas por viajar a cualquier país de Oriente Próximo y ayudar a los más pequeños. Quizá ahora, mientras usted lee, ya hayan organizado un plan de ataque mundial contra los no comprometidos. •